

UNA VIBRACIÓN PARTICULAR

A Luz Marín, los vecinos del sexto piso la tenían bastante fastidiosa, les molestaba que el timbre de su departamento sonara tantas veces al día. Las paredes son muy finas, una mala construcción y aunque no fuera el deseo de incomodarlos inevitablemente sucedía.

El problema comenzó hace tres años cuando ella se trasladó del barrio de Belgrano a San Telmo para vivir sola y con escaso dinero, con lo cual alquilar en otro edificio que no fuera éste le resultó imposible. El lugar, sencillo y luminoso, sin ascensor, era apropiado para desempeñar su profesión; sin embargo, no consideró la inoportuna presencia de ellos y sus humores, a los que les mortificaba el agudo ruido de ese simple aparato que avisaba la llegada de los clientes, hombres y mujeres por igual, el sexo no importaba, a todos les cobraba la misma tarifa y el servicio según ella era tan inigualable, que nadie podría ser una real competencia.

A Luz, las manos, las suyas y las de otros le resultaron siempre objeto de admiración; algunas revoltosas e inquietas, otras trémulas, otras sugerentes y qué decir de las uñas, partes igual de importante, pues según ella también dejaban translucir personalidades y significados ocultos.

Ser manicura fue algo que decidió realizar cuando se dio cuenta de que su sueño de bailar clásico no sería factible y esto aconteció cuando la profesora de danza le dijo que así no podía continuar y que había que realizar grandes cambios en su cuerpo, a lo que ella se reveló, no estaba dispuesta a dejar de disfrutar de los placeres de la comida por ser una bailarina de ballet.

Diez kilos debía disminuir, pues así era imposible moverse con la libertad que ese tipo de baile demandaba. Este no era un problema para ella, que le daba poca importancia a lo estético, el problema era para sus compañeros que no podían sostenerla cada vez que la coreografía lo requiriera, aun cuando la intención y la buena actitud estuvieran siempre presente.

Su peso, ese sí que podría haberse transformado en un conflicto, pero no el susurro de acuerdo a ella, de un timbre perverso para los otros por su sonido. Debía encontrar una solución adecuada para esta guerra vecinal y la halló por supuesto luego de escudriñar diversas alternativas.

La respuesta a su dilema fue pedirles a sus clientes que cuando llegaran al lugar le mandasen un mensaje a su celular o bien la llamaran para avisarle de su presencia, de forma de que no tocaran el problemático llamador; lo que hacía luego era bajar por las escaleras los seis pisos hasta su encuentro.

Con este recurso logró al mismo tiempo dos cosas: no molestar a sus irritables vecinos con el ruidito y bajar de peso, algo que poco le importaba, pero que se dio como un efecto secundario de una acción de paz en un edificio antiguo y desgastado de San Telmo.